

biendo ganado á su opinion al presidente de la Audiencia, éste empezó á dilatar la presentacion del informe fiscal al Tribunal de apelacion que debía juzgar sobre sus conclusiones de que se enviase á Boet al jurado. Tuvo de esto aviso al cónsul de España por mediacion de un amigo de Boet; y cumpliendo con sus deberes, inmediatamente acudió á defender al acusado, presentándose al presidente de la Audiencia, y reclamando la pronta vista de la causa. Por desgracia había salido del ministerio de justicia el señor Taiani, y ocupaba el lugar de éste el señor Villa, hombre de ménos entereza y energía, lo cual favorecía mucho la resistencia del presidente. A pesar de todo, fueron tan atinadas las observaciones del cónsul y tan firme su actitud, que desbarató los planes de los legitimistas, y el informe pasó al Tribunal, y fué aprobado.

Viéndose don Carlos derrotado en esta parte, procuró vencer en el nombramiento de presidente del Jurado, proponiendo á un candidato que reuniese todas las condiciones posibles de parcialidad, y como ni los defensores de Boet, ni el cónsul se mezclaron en este asunto, obtuvieron lo que deseaban, bien que debieron antes vencer la resistencia de otro personaje de la Audiencia, que reclamaba el nombramiento á favor de otro, que tambien era reaccionario, pero que lo era menos que el candidato carlista.

Así fué elegido el señor Paribelli, moderado clerical, noble emparentado con la nobleza legitimista de Milan.

Malísima impresion causó el nombramiento en los abogados de Boet, señores Ronchetti y Campi, quienes no pudieron desconocer la buena situacion en que colocaba á sus adversarios. A esto se agregó luego la noticia de que el presidente de la Audiencia, no contento con haber dado esta ventaja á los carlistas, llamó á Paribelli, y le ordenó que á toda costa impidiese á Boet y á los abogados de éste convertir la causa en una cuestion política y escandalosa, pues no se trataba de otra cosa para la justicia sino de un hurto como cualquier otro. Paribelli lleno de júbilo prometió obedecer literalmente, pues abundaba ya en las mismas ideas. Entonces los abogados de Boet acabaron de ver comprometida la situacion.

Al fin se comunicaron los autos á las partes, y se señaló el dia de empezar los debates para el 22 de Junio, la cual elevaba la prision preventiva de Boet á diez meses, sin contar la que sufriría durante la vista de la causa. Los autos formaban varios tomos en fóléo, y quedaron de manifiesto en la Relatoria del Palacio del Tribunal de Apelacion, donde iban á estudiarlos las partes.

Lo abogados de don Carlos poco tenían que hacer, porque como el conde de Bourgade ya había visto los autos de los primeros tiempos de la instruccion, sin duda les había comunicado todos los secretos, si es que Brasca y Dugnani no participaron tambien de aquella buena fortuna, pero Ronchetti y Campi lo ignoraban todo, pues Boet ni siquiera les había dicho lo que había declarado. Campi, que es poco activo, y que fiado en su felicísimo ingenio todo se lo halla hecho, apenas puso los piés en la Relatoria; en cambio Ronchetti estudiaba de dia y noche con un apasionamiento frenético.

X.

A las diez de la mañana del 22 de Junio se abrieron al fin los debates sobre el importante proceso del Toison de oro.

El local se llenó en un momento así del público como de convidados, á pesar de ser poco atractiva la primera sesion de todo jurado; y es lástima que en razon á su mal estado estático, no se pudiera utilizar la galería volante que circunda todo el salon; porque tambien se hubiera llenado.

El señor Boet entró poco despues, excitando la curiosidad general, sobre todo de las señoras, que las había y muchas. La impresion fué buena. Es un hombre de estatura más baja que regular; de cabeza grande, pelo castaño, frente arqueada, despejada y calva, ojos grandes, vivos y algo azules, rostro ovalado con líneas sencillas y grandiosas, piel blanca, nariz bien recta y grandes bigotes algo rubios, cuyas puntas, bajando por la cara forman juego con una larguísima perilla que le llega hasta el pecho. Su cuerpo es fornido, sin ser grueso. Vestía de negro; su porte es militar. Se sentó como si estuviera en su casa, y sufrió las descargas de la

curiosidad del público, sin vergüenza, ni provocacion; grave, sereno y resuelto, aunque un poco nervioso.

Por fin llegó el Tribunal, y despues de las formalidades de costumbre, el Presidente Paribelli mandó al Acusado que se levantara y le preguntó por las generalidades. Boet, con la misma voz que hubiera mandado un batallon, contestó llamarse Carlos Gonzalez Boet, y tener 39 años, con lo demás de estos casos. El acento franco, claro, firme y seguro de esta respuesta produjo en el público un excelente efecto. Procedióse á la eleccion del Jurado, que resultó compuesto de moderados, sin clericales ni liberales.

El Jurado es sumamente flojo, como ya se desprende de la circunstancia de tener derecho á rehusar jurados las dos partes y el presidente; pues si los abogados de Boet rechazaban á todos los sospechosos de clericalismo, los de don Carlos y el presidente iban excluyendo á los que no les gustaban bastante; en seguida se dió lectura del acta de acusacion, que es fuerte, pero hecha con otras condiciones que la del Tribunal de Instruccion.

Al terminarse estos y demás preliminares, los abogados de Boet suscitaron un incidente, pidiendo que Carlos de Borbon fuese apeado de su papel de parte civil contra Boet; y como la peticion no era justa, despues de una viva discusion, la seccion de derecho la desestimó. Pero las partes empezaron ya á medirse en este incidente; y Brasca, uno de los abogados de Carlos de Borbon, dió un traspie, que le valió un fiero apóstrofe de Boet. Como dijese que éste, por no haber aceptado las condiciones del Pretendiente, se veía ahora en el banco de los acusados, Boet se levantó de un salto, y dándose un gran golpe en el pecho, exclamó: *¡Con mucho honor, con mucho honor!* Grito que el público recibió con muestras de simpatía.

La sesion de este dia no pasó de aquí, teniendo que dejarse para la siguiente los interrogatorios. Los abogados de Boet son los señores Campi en lo civil, y Ronchetti en lo político; ambos son jóvenes; el primero es un hombre travieso y bien hablado; pertenece al partido moderado, y tiene buen nombre en este foro; el segundo es grave y de empuje, demócrata

ta y diputado á Córtes, y goza de bastante reputacion, atendida su edad. Los de don Carlos son Dugnani, moderado, y Brasca, clerical; el primero simpático á muchos, y el segundo odioso á muchísimos. Dugnani es un tipo de tendero satisfecho, y parece como que no se encuentra en su centro en este proceso; Brasca es de un aspecto semi-inquisitorial, pues su faz encuadrada en una cabeza afeitada de la frente á la nuca, por en medio de unos mechones de negros cabellos, y flanqueada por unas patillas negras, da una idea de un familiar del Santo Oficio.

El peso de la discusion de esta sesion lo han sostenido de parte de Boet el señor Campi, que á pesar de sus pocas razones, ha hablado con soltura, afluencia y energía; y de la del Pretendiente el señor Dugnani, que hablaba como si tuviese miedo, y Brasca, que con mala intencion, y argumentos del fondo del proceso, que no correspondian al asunto, merecia de parte de los defensores de Boet una réplica contundente, que estos no le dieron.

Los testigos llamados por ambas partes son 48, entre ellos Carlos y Margarita de Borbon, los cuales no se presentaron, el primero porque tiene mucho miedo de verse frente á frente de Boet; y la segunda, porque su marido no quiere comparecer. Como Carlos de Borbon había dicho que compareceria, su falta hizo muy mal efecto.

En este proceso luchan dos hombres, y luchan con una pasion vehemente y tenaz; pero examinándolo bien, la lucha es más desproporcionada, porque en realidad lucha un hombre contra una idea, apoyada desesperadamente por tres partidos, á quienes lo del Toison amenaza mucho. Boet defiende su honor; y por su desgracia, al defenderlo, compromete el de un hombre que representa la idea absolutista de un partido español, y una familia real desheredada y desterrada, que desde mucho tiempo atrás se unió con el hombre que en Francia representa otra familia y partido de la misma indole, y se enlazó con los que en Italia defienden las mismas ideas, y hacen con él y el otro causa comun.

Si Boet procediese de las filas liberales tendria de su parte á los partidos liberales, y la presion colectiva de sus enemigos se hallaria en pugna con la de sus amigos. Pero su procedencia del carlismo,

aunque sea reciente y dimane más de despecho y cólera que de convicciones, le quitan aquel apoyo político, y lo dejan solo ante su enemigo que le acusa al frente de tres partidos interesados y comprometidos. Un día Boet creyó hallar protección en ciertos españoles que por intereses peligrosos de calificar están interesados en que Carlos de Borbon naufrague, y les pidió algunos pocos miles de francos para buscar á la baronesa, sustraerla á la protección de Carlos y sus amigos y hacerla decir la verdad, pero el hombre político á quien se dirigió le dió un solemne desengaño, no conociendo el alcance de la petición de Boet.

XI.

El acta de acusación es un escrito más hábil que el del fiscal Sighele; está construido con un artificio infernal, y produce más efecto que el anterior. Boet lo escuchó con impaciencia y cólera, y el público con confianza y temor. La mayor parte de los circunstantes creyeron entonces que Boet era positivamente un ladrón, y que no se escaparía de presidio. Brasca y Dugnani escuchaban con mal disimulado gozo; y Ronchetti y Campi apenas podían reprimir la indignación, viendo los hechos tergiversados con tan refinada perfidia. El presidente Paribelli y el Fiscal no cabían en sí de satisfechos y pomposos. Los jurados estaban aientos, y de vez en cuando miraban fijamente á Boet, como admirados de que aquel hombre tan simpático fuese autor de un robo tan abominable. Hé aquí la substancia de este documento:

«El 19 de Noviembre de 1877 recibió en Viena el príncipe don Carlos de Borbon un precioso recuerdo de familia, una de las insignias del Toison de Oro, enriquecida con brillantes, que habían pertenecido al duque de Módena. El 28 ó 29 del mismo mes usó el príncipe la condecoración en Gratz, donde se hizo retratar con ella, y en seguida confió la joya al criado Lorenzo Arbulu, quien la guardó en un saquito de cuero negro, cerrado con llave, que llevaba siempre en los viajes colgado al cuello, debajo del gaban, y que encerraba bajo llave en un mueble de

su misma habitación cuando llegaban á algun hotel.

»Así obró en el trayecto de Gratz á Venecia, durante la residencia del príncipe en esta población, y por último, á su llegada á Milan, donde se alojaron en la fonda de este mismo nombre. Allí, habiendo don Carlos invitado pocos días después, el 13 de Diciembre de 1877, á comer al conde Galvani, antiguo mayordomo de su familia, ocurriósele la idea de enseñarle sus cruces y condecoraciones; y cuando llegaron á la del Toison, el estuche estaba vacío.

»Grande fué la sorpresa de don Carlos, y no menor la desesperación de Lorenzo. El príncipe acudió en seguida á denunciar el robo á la policía; pero le fué imposible suministrar dato alguno acerca del autor ó de los autores, porque desde Gratz no se había presentado ocasión de servirse de la alhaja.

»Desde Milan trasladóse el príncipe con su servidumbre compuesta de Gonzalez Boet (Carlos) y José de Suelves, vizconde de Montserrat, á Turin y poco después á Paris.

»La actitud de Boet durante el viaje, inspiró alguna desconfianza. Continuamente trataba de apuntar dudas absurdas, ora contra éste, ora contra aquel individuo, y se atrevió á preguntar á don Carlos si sería posible reconocer los diamantes después de vendidos. Añadió por cierto, que el príncipe debía regocijarse de la pérdida del Toison, porque gracias á ella se hablaría mucho de su persona. Pero la circunstancia que más contribuyó á despertar sospechas en el ánimo del príncipe, fué la imprevista resolución adoptada hácia el 23 Diciembre por Boet, de acudir á Bayona para visitar á su familia. Parecieron entonces más fuertes los indicios de que él fuere el ladrón, y que quería ir á Bayona para vender los brillantes.

»Don Carlos recorrió entonces, por medio de personas de su servidumbre, á una agencia de policía particular, la cual le proporcionó un hábil empleado. Arregláronse las cosas en términos que este agente viera á Boet antes de salir de Paris, y partió conociéndolo ya, en el mismo tren que le llevaba á Bayona. Pensamiento excelente, pues á él se debe el haber descubierto la venta de los diamantes.

»El agente asalariado por don Carlos, siguió, pues, á Boet hasta Bayona, y allí concluyó por averiguar que la mujer y la suegra de Boet habían vendi-

do en la población misma desde el 2 de Enero al 9 de Febrero de 1878, hasta 15 brillantes del Toison de oro. Inmediatamente que se recibió tal noticia, el vizconde de Montserrat, de orden de don Carlos, se la participó por carta fechada el 12 de Febrero de 1878 al juez instructor de Milan.

»A consecuencia de aquel descubrimiento, Boet, después de muchas vacilaciones, determinóse á restituir al príncipe los otros brillantes, entre los cuales había dos de notable tamaño. Verificóse la restitución por medio de personas de la confianza de Boet, y en virtud de reiteradas intimaciones del representante de don Carlos. Faltaban, no obstante, todavía muchos brillantes, como lo ha demostrado aproximadamente un perito tomando por base la fotografía de la condecoración. El valor de los diamantes no restituidos se eleva á unos 10.000 francos.

»Boet no había podido negar la venta de cierto número de diamantes, hecha por mano de su mujer, ni ha podido negar que todos los tenía en su posesión, ni finalmente que se había visto obligado á restituirlos; pero se presenta como víctima de una abominable intriga de don Carlos, y afirma que el robo fué simulado por el príncipe.

»Véase lo que Boet refiere para justificarse:

»Don Carlos, dice Boet, tenía apremiante necesidad de dinero, y hallándose en Venecia se decidió á vender el Toison de oro con objeto de arbitrarse recursos. Pero como la venta de aquel recuerdo de familia hubiera disgustado á sus parientes, se le ocurrió simular un robo.

»Después de haber combatido en el príncipe esta idea, dice Boet, que al fin cedió á sus instancias, y se asoció á su plan, siéndole entregada la preciosa alhaja para que la desmontase y vendiera los brillantes. El simulacro de robo, añade, se verificó en Milan, y para darle más visos de verosimilitud se denunció el delito á los tribunales.

»Con tales datos, es evidente que si se llega á demostrar la falsedad absoluta de toda esa comedia, si se prueba la completa carencia de disimulo en don Carlos, queda demostrada á la par la realidad del robo. Y resultará también evidentiamente probado, sin necesidad de nueva y diferente demostración, que Boet es un ladrón, pues reconoce que desde la

denuncia del robo estaba en posesión de la alhaja, reconoce que la ha desmontado, y reconoce, en fin, haber vendido muchos de los brillantes que la adornaban.

»No hay nadie que á primera vista no perciba la manifiesta inverosimilitud de la pretendida simulación. Aun suponiendo á don Carlos en tales apuros pecuniarios que se viera obligado á vender aquellas insignias para realizar fondos, ¿cómo puede admitirse que siendo único y absoluto dueño y poseedor de la alhaja, árbitro para disponer de ella con entera libertad, se haya rebajado hasta cometer una simulación, es decir, un crimen, únicamente para ocultar la venta á su mujer y á sus parientes? Y aun suponiendo que así sucediera, ¿cómo admitir que Boet, hombre de no común travesura, se aventurase ciegamente á vender los brillantes cuando sabía que don Carlos había hecho la denuncia judicial y que se habían comenzado los procedimientos en toda regla, y á todo esto hallándose él desprovisto de un documento cualquiera para descargo suyo, y espuesto á ser, como ha sido, preso y procesado bajo la inculpación de robo?

»Pero hay más. Según Boet, don Carlos solo obedecía para vender el Toison á una extrema penuria de dinero. Pues entonces, si el 13 de Diciembre de 1877, según Boet, se le entregó el Toison de Oro con ese objeto, ¿cómo se explica que el príncipe no se ocupase más en tal cosa y que se fuera de Paris á Londres sin dejarle instrucción ninguna, según propia confesión de Boet, el cual se vió obligado, según dice, á escribirle una carta apremiándole para que le hablase? ¿Cómo se explica, además, que el producto de la venta que se aproximaba á 5,000 francos, se invirtiera por completo en pagar una parte de las numerosas deudas de la mujer de Boet, sin transmitir ni un solo céntimo á don Carlos?

»Advirtiendo Boet la incongruencia de su relato, ha tratado de remediarla en su segundo interrogatorio con una nueva invención, tan incongruente como la primera; en este segundo interrogatorio afirma que don Carlos, cuando le encargó de vender los diamantes, le autorizó á retener sobre el precio una suma de 18,000 francos por sus sueldos atrasados. Y en otro interrogatorio posterior añade que la autorización

se extendía hasta la facultad de retener más fondos para sus futuros sueldos! ¿Cabe admitir que don Carlos—á quien Boet pinta constantemente como un mal pagador—haya sido bastante espléndido para abandonarle en cierto modo la mitad del valor de unos brillantes, tasados, según una estimación legal, en 44,000 francos? Además, es falso que don Carlos haya debido nunca á Boet una suma de esa importancia en concepto de sueldos atrasados. Opónese á ello la razón sencillísima de que Boet no recibía sueldo fijo, sino únicamente socorros en dinero de vez en cuando, además de mantenerle con el decoro correspondiente á su grado.

»Pero ¿es cierto que en Diciembre de 1877 don Carlos tuviera urgente necesidad de dinero? Las averiguaciones judiciales han demostrado todo lo contrario. Prescindiendo de su patrimonio que es considerable, y atendiendo únicamente á las sumas disponibles á primer aviso suyo, se ha demostrado que el príncipe poseía en aquella época en cuenta corriente en la casa de Rothschild, de Viena, 25,615 florines, y en la de Rothschild, de París, 10,124 francos con 58 céntimos. Finalmente, el caballero Francisco Habberler, de Viena, apoderado del príncipe, asegura que en la misma época tenía en depósito, por cuenta de éste, un sobrante de 18,905 florines con 68 céntimos. Suma total disponible entonces: 121,426 francos. En su calidad de pretendiente al trono de España y de conspirador perpétuo, no podían faltar pretextos al príncipe para ocultar los gastos que quisiera mantener secretos, sobre todo, cuando regresaba de un viaje á Oriente.

»No teniendo, pues, apuro alguno de dinero, no existía tampoco ninguna razón para deshacerse de aquella preciosa joya de familia, ni mucho menos para simular un robo con objeto de ocultar la venta.

»La simulación alegada queda reducida, por consiguiente, á una torpe invención.

»¿Cuáles son, en efecto, las pruebas invocadas por Boet en apoyo de sus aserciones?

»Durante el curso de la instrucción judicial, Boet ha presentado cuatro papelitos separados que tienen escritas estas palabras: uno, *tenas*; otro, *sin capucha*; el tercero, *todos*; y el cuarto, *en Madrid*. Dice que todos son de puño y letra de don Carlos,

quien se los envió para ordenarle que vendiera los brillantes.

»Según su explicación, don Carlos y él quedaron definitivamente concertados sobre la venta de las piedras la noche del 23 de Diciembre de 1877, en el café Riche de París, conviniendo en que para la venta esperaba órdenes del príncipe. Éste, para no comprometerse, se las enviaría por medio de una frase convencional; *tengasos*, si había que vender; *no tengasos*, si Boet debía entregar el Toison á su mujer y volverse á París. Boet debía contestar con estas solas palabras: «Recibido y quemado.» Boet partió para Bayona el 24 de Diciembre de 1877 y permaneció allí hasta el 19 de Enero de 1878, en cuya época fué expulsado de aquella ciudad por razones políticas, retirándose á la propiedad de Longages, en el Alto Garona, en casa del marqués Benítez de Avila. Desde allí dice que escribió á don Carlos, que se hallaba á la sazón en Londres, para pedirle instrucciones y dinero, y Boet pretende haberle sugerido la idea de que sería más prudente mandar dinero para irse á otra parte, que vender las piedras preciosas en Bayona. Es supérfluo decir que don Carlos niega categóricamente haber recibido semejante carta, ni otra alguna por recida.

»En aquel momento fué, según Boet, cuando don Carlos le envió dos esquelas dentro de un solo sobre, una con la palabra *tenas* y otra con las palabras *sin capucha*, lo cual equivalía á decir que vendiera sin precauciones. También entonces, siempre según Boet en su primer interrogatorio, avisó á su mujer que podía disponer de una parte de los brillantes y atender así á sus necesidades. Importa consignar en este punto que, obligado Boet á precisar en qué fecha había recibido ambas esquelas, contestó en su segundo interrogatorio que las palabras *tenas* y *sin capucha* le habían llegado en la segunda mitad de Febrero, hácia el 21 de dicho mes, y ocho días después los otros dos billetes con las palabras *en Madrid* y *todos*. Ahora bien: consta con certeza, por el acta del 12 de Febrero de 1878 del comisario de policía de Bayona, que la mujer de Boet, mucho antes de esa época, y singularmente los días 2, 6 y 12 de Enero de 1878 había vendido brillantes por valor de 2,900 francos. Esta circunstancia quita toda fuerza á los billetes, pues está

probado que Boet había mandado vender brillantes antes de recibir las supuestas órdenes de don Carlos.

»Fuera de que los billetes susodichos carecen en sí mismos de todo valor, es extraño que Boet los tuviera sin conservar los sobres en que se le dirigieron. En cambio no es extraño que los tres billetes, *tenas*, *en Madrid* y *todos*, hayan sido recortados de cuartillas mucho mayores, puesto que Boet, en su calidad de ayudante y secretario particular de don Carlos, podía con toda facilidad procurarse, tanto estos como otros muchos escritos de su amo. Pero sin insistir en nada de esto, ¿no produce el efecto de una cosa no solo inverosímil, sino absurda el hecho de que don Carlos, tan interesado, según Boet, en guardar el secreto de la venta, que para transmitir la orden recurrió á un medio tan estrambótico, incurriese al mismo tiempo en la torpeza de escribir la palabra *tenas* en un retacito de papel que llevaba las armas de su familia, y recortase precisamente el único trozo del papel adornado de las armas reales para trazar inmediatamente encima de ellas la misteriosa palabra?

»Obsérvese, á mayor abundamiento, que Boet no siempre ha dado á estas palabras la significación que hoy les atribuye.

»Así resulta de la declaración del testigo Joaquín Madrid, que no puede ser sospechoso, dado que antes de saber la verdad, y en una discusión promovida en un café sobre el negocio de Boet, sacó la cara por éste con tal calor, que Boet le mandó á llamar para darle las gracias por su defensa. En aquella entrevista fué precisamente donde Boet le narró la historia de la supuesta simulación de robo, enseñándole en apoyo de sus aserciones los dos billetes, *tenas* y *sin capucha*. Según afirma el testigo, Boet le dijo entonces que una de las dos palabras convencionales significaba que estaba autorizado para vender, y la otra, por el contrario, que debía conservar el Toison. No cabe en este particular ninguna mala inteligencia, pues según añade en su declaración el testigo, hizo observar á Boet cuán contradictorio le parecía que hubiese recibido simultáneamente las dos órdenes, la de vender y la de conservar los brillantes. La observación quedó sin respuesta, y Madrid, antiguo oficial

carlista, no se atrevió á insistir por respeto al grado del general. Ocurrió este hecho hácia el 20 de Abril de 1878, época en la cual, como más adelante veremos, había ya Boet imaginado la calumniosa fábula de una simulación de robo.

»Harto diferente era en un principio el sistema de defensa de Boet, revelado por una carta suya á su mujer, sorprendida entre los papeles de ésta, en un registro que verificó en su domicilio la autoridad de Bayona. Aunque la carta carece de fecha, descubre su contenido que se escribió después de la venta de los brillantes por la mujer de Boet. Y ya sabemos que la última venta se llevó á cabo el 9 de Febrero de 1878.

»Hé aquí las palabras de Boet á su esposa:

»Mucho ánimo. Escribeme con toda exactitud qué día vendiste los últimos brillantes que habías conservado de América. Yo iré en seguida á París para explicárselo al rey. Escribeme en seguida precisando el día.» Como se ve, Boet distaba mucho entonces de sostener que los diamantes provenían del rey, y sugería á su mujer para explicar su procedencia, una mentira que ella tuvo la debilidad de repetir cuando la interrogó por vez primera el juez de instrucción de Bayona. ¿A qué esta mentira si era cierto que los diamantes venían de mano misma del rey? No cabe más decisiva prueba de la fábula inventada por Boet.

»Este pretendía convertir en eje de su defensa la declaración de una persona que se había hallado al mismo tiempo que el príncipe en Venecia y en Milan; madame Sicko, que después de muchas pesquisas ha podido ser hallada. A esa persona, según la versión de Boet, entregó don Carlos en depósito el Toison el día que la desaparición fué simulada y el robo denunciado. Esto, sin duda, previendo el caso de que la autoridad sospechara la simulación y ordenara registros para comprobar si el príncipe conservaba todavía la preciosa alhaja. Boet pretende sacar gran partido de una frase que el mayordomo del hotel oyó la noche del 14 de Diciembre de 1877, y que la susodicha persona pronunció en una acalorada conversación. Estas palabras eran: «Si creyese que podía por eso venirme algún mal, preferiría dejar que me matasen.» Según Boet, el objeto de esa conversación era

el deseo del príncipe de arrancar á su interlocutor la promesa de que diría que no había visto el Toison de oro.

»Madame Sisko reconoce haber encontrado al príncipe en Gratz, en Venecia y en Milan; pero niega rotundamente haber visto jamás el Toison y haber recibido nunca de don Carlos objeto alguno en depósito. La testigo califica la aseveracion de Boet de indigna mentira. En cuanto á la frase mencionada no recuerda si la pronunció; pero no le cabe duda de que en tal caso para nada se referia al Toison, que nunca había visto. Si profirió esas palabras, pueden explicarse de mil diferentes maneras.

»No es esta la última mentira de Boet. Este refiere que cuando se divulgó la noticia de que su mujer había vendido los brillantes en Bayona, al verse comprometido, recortó el suelto de un periódico que hablaba del asunto, y se lo remitió á don Carlos conjurándole á que le diese garantías y á que le permitiera ir en su busca para devolverle el resto de los diamantes, porque despues de los rumores hechos públicos por la prensa, era imposible que su mujer fuese á Madrid á vender otras piedras. Boet dice que envió esa carta á don Carlos por conducto del conde A. de Coëtlegon, quien le participó que el príncipe despues de enterarse de la supuesta epistola en su presencia, exclamó: «Está bien.»

»El señor Coëtlegon reconoce que, en efecto, entregó á don Carlos una carta de parte de Boet; pero afirma que el príncipe la abrió delante de él, y que el sobre no contenía más que recortes de impresos, á los cuales no pareció don Carlos atribuir importancia, porque dijo solamente estas palabras: «Todavía nuevos extractos de periódicos.» La denegacion del testigo está corroborada por la del príncipe.

»Manifiestamente resulta de todo lo anterior que la supuesta simulacion de robo es simplemente un desesperado esfuerzo de Boet para salvarse, y que la instruccion judicial no ha podido descubrir ni el más leve indicio que compruebe su verdad. ¿Cómo admitir que don Carlos haya simulado el robo, cuando apenas sospecha de Boet, agrega á su persona un agente de policia para vigilarle y seguir todos sus pasos, soportando con tal objeto el considerable gasto de 4,000 francos, descubriendo por este medio la

venta que, segun Boet, queria á toda costa mantener oculta, y no vacilando, apenas la descubre, en participársela al juez instructor de Milan por la carta del vizconde de Montserrat?

»Ahora bien: si don Carlos no es un simulador, si el robo se cometió realmente, el ladron no puede ser otro que Boet. El dilema no admite escape.

»Aún prescindiendo de la evidente prueba que resulta de quedar excluida toda simulacion, pesando sobre la persona de Boet graves y numerosos indicios.

»Ante todo, la situacion económica suya y de su familia era, en la época del robo, desesperada. Ya se ha dicho que él no recibía sueldo fijo, sino de cuando en cuando gratificaciones, insuficientes para levantar sus cargas y las de su familia; de tal manera, que hacía largo tiempo que se hallaba la casa sumida en los más crueles apuros, y sus deudas se elevaban á muchos miles de francos. Urgía remediar tal situacion; pero ¿cómo procurarse los fondos necesarios?

»Boet se dirigió á diferentes personas que ya en repetidas ocasiones le habian generosamente socorrido; pero en aquella sazón halló cerradas sus gavetas. Atestiguanlo las declaraciones del conde de Coëtlegon, del marqués y de la marquesa de Ponce y del general carlista Calderon. Siendo digna de mencionarse la circunstancia de que estos últimos testigos fueron oidos á petición de Boet, quien pretendía probar con ellos las grandes necesidades de dinero sufridas por don Carlos. Esos mismos testigos, despues de haber negado formalmente que el príncipe les hubiese jamás dirigido petición alguna de tal naturaleza, declararon que por el contrario, Boet les había en aquella época abrumado con apremiantes solicitudes. ¿Cómo se compagina con esta penuria el hecho de haber podido Boet el 10 de Diciembre de 1877, día de la llegada del príncipe á Milan, enviar á su mujer el telegrama siguiente? «Antes de fin de mes os abrazaré, y todo quedará completamente arreglado, todo.» Boet confiesa que en ese telegrama aludía á deudas de su mujer, que esperaba pagar íntegramente. ¿Con qué recursos? No le es posible decirlo, pero harto fácil es adivinarlo, si se reflexiona que para aquella fecha el robo del Toison estaba consumado, ó en visperas de consumarse.

»No es ménos sospechosa la actitud de Boet ime-

diatamente despues del descubrimiento del robo y en los días sucesivos. El vizconde de Montserrat y el criado Arbulu refieren que apenas el robo fué conocido, principió Boet á decir que el hecho no era asombroso, dada la abundancia de ladrones en Italia. En Turin insistió para que se reuniesen en una Memoria, redactada por el abogado americano Fortunio, todos los indicios que él había recogido contra el fotógrafo de Gratz, contra un criado del hotel Danieli, en Venecia, y contra un conductor de tren; Memoria que debía dirigirse al juez instructor, y que no le fué remitida por haberse descubierto más adelante que Boet era el ladron.

»Interin continuaba su mujer la venta de los diamantes, manteníase Boet oculto con el mayor cuidado. Si bien es cierto que desde Longages, donde se refugió cuando le expulsaron de Bayona, escribía el 19 de Enero de 1878 al subprefecto de aquella ciudad para darle parte de su nueva residencia, no es ménos cierto que se ocultaba para los emisarios de don Carlos.

»Cuando supo el príncipe, por las notas del agente secreto, y sin género alguno de duda, que Boet era el ladron envió en su busca á Ramon Esparza para que le obligara á restituir los diamantes. Esparza se dirigió á Retamero, antiguo ayudante de Boet, y entonces aprendiz de farmacéutico en Tours. Retamero le dijo que conocía perfectamente el domicilio de Boet; pero que éste le había prohibido de un modo terminante revelárselo á nadie. La prohibicion consta en la correspondencia de Boet con Retamero. En una primera carta, precisamente del 19 de Enero de 1878, le escribe Boet: «Envío á usted mis señas para que me escriba; pero no se las comunique á nadie.» Y en otra carta posterior: «La respuesta de usted á los que le han preguntado por mi residencia me ha producido gran placer. Responda usted siempre del mismo modo, y si la pregunta viene de Paris, aunque sea en nombre del mismo rey, no se deje usted sorprender, porque sería una superchería.» Esparza tuvo, en efecto, que resignarse á tratar con Boet por conducto de Retamero.

»Ahora bien: el hombre que pretende haber escrito á don Carlos cuando se propagó el rumor de la venta de los brillantes en Bayona, para pedirle el

permiso de reunirse con él y de entregarle el resto de las piedras (como si para tales cosas fuera necesario autorizacion del príncipe); el hombre que se supone animado de tan rectas intenciones, en vez de dar la cara y de acudir presuroso cuando Esparza se presentó á recoger los diamantes en nombre de don Carlos, mantiénese oculto, da largas al negocio y por toda respuesta envía á Retamero á Paris con una carta fechada el 4 de Marzo de 1878, dirigida al príncipe. En ella se extiende en largas recriminaciones contra las intrigas de la corte de Passy, sin mencionar los diamantes que se le pedian. Cuando don Carlos se niega á recibir al embajador de Boet, éste último adopta una actitud arrogante, y en dos telegramas á Retamero—telegramas cuya redaccion había pérfidamente combinado con él de antemano,—le habla (el 6 de Marzo) de la denuncia que tiene en suspenso y de su defensa, que será terrible; y más adelante (el 9 de Marzo) de la buena leccion que dará á los miserables. Hasta que viendo que la amenaza no producía resultados, baja inmediatamente á la súplica, y en su despacho del 14 de Marzo, dirigido á Retamero, que se hallaba en Tours, se expresa así: «Yaya usted inmediatamente á Paris, hable á solas con el rey y con la reina, que detengan inmediatamente el escándalo; que lo suspendan todo contra mi mujer; todo se arreglará perfectamente entre nosotros; recuerde usted al rey mis modestos servicios; hable á su corazón... Estoy en cama á consecuencia de una terrible caída. Actividad, reserva absoluta.»

»No es este el lenguaje del inocente calumniado, sino del culpable que implora compasion, y que para obtenerla necesita recordar á la persona robada sus modestos servicios y hacer que le hable al corazón.

»La restitucion de los primeros brillantes, en número de 347, se verificó por conducto de Retamero, sin que Boet, para resguardo suyo, reclamase de don Carlos declaracion alguna, cosa que no hubiera dejado de hacer si el robo hubiese sido realmente simulado.

»Cabe aquí advertir que la restitucion efectuada el 20 de Marzo había sido consentida por Boet, sin restriccion alguna, el 17 del mismo mes. De ello da fé el siguiente telegrama de Retamero á Esparza: «Encontrado el amigo; parto para Marsella; avisaré mi llegada.»